

*miraculosus*)<sup>3</sup> o la excelente exposición del pensamiento demonológico en el capítulo 7, habrían sido, en mi opinión, mejor reunidas y tratadas como capítulo monográfico al principio del libro. Tal y como está construido este libro, el lector no familiarizado se enfrenta con una desconcertante yuxtaposición de debates de muy diversa cronología (se pasa, por ejemplo, del pensamiento del teólogo Alonso de Villegas del siglo XVI/XVII al pensamiento de San Isidoro en menos de una página, pp. 59-60) inmersos en una elaboración que desemboca demasiado «lógicamente» en la naturalización de los entes monstruosos. ■

Richard Cleminson, University of Leeds

**Georges Vigarello. Lo sano y lo malsano. Historia de las prácticas de la salud desde la Edad Media hasta nuestros días.** Madrid: Abada Editores [Lecturas de Historia]; 2006. ISBN 84-96258-70-X.

Se trata de la traducción de la segunda edición (1999) francesa del original, que se nos presenta en un muy agradable formato, de impresión clara y correcta encuadernación que permite el manejo con soltura de sus casi 450 páginas. Vigarello es un autor conocido, pero quizá no todo lo que debiera en el mundo de habla hispánica. De sus ocho libros personales, aparecidos en Francia entre 1978 y 2004, cuatro están traducidos, dos en Argentina (*Corregir el cuerpo e Historia de la belleza*, ambos en Buenos Aires: Nueva Visión, 2005) y dos en España (*Lo limpio y lo sucio: la higiene del cuerpo desde la Edad Media*. Madrid: Alianza Editorial, 1991 y Barcelona: Altaya, 1997; *Historia de la violación: siglos XVI-XX*. Valencia: Ediciones Cátedra, 1999), a los que se suma el que aquí reseñamos. También Taurus ha editado (2005-2006) casi a la par que Éditions du Seuil la obra colectiva *Historia del cuerpo*, en tres volúmenes, codirigida por Alain Corbin, Jean-Jacques Courtine y Georges Vigarello. Están ausentes de nuestro panorama editorial las traducciones de sus textos sobre el deporte que han sido determinantes para convertirlo en un autor popular en Francia. Como puede verse por la relación de títulos, la tarea central que ocupa a Vigarello, profesor en Paris-V y en la EHESS, es el estudio del cuerpo y de sus representaciones a través de la historia. Un cuerpo singularizado por su doble condición de soporte de individualidad y portador de experiencias sociales, en el que influyen y se hacen visibles las normas culturales y que, consiguientemente, cambia con ellas. El proceso de enunciado y aplicación de normas informa las prácticas

---

3. Lo maravilloso en el Occidente Medieval. In: Lo Maravilloso y lo Cotidiano en el Occidente Medieval. Barcelona: Gedisa; 1985, p. 9-17.

diarias (corporales) a través de las cuales se hacen visibles. De ahí la centralidad de las mismas —reveladas a través de textos literarios, jurídicos y científicos, grabados, pinturas, ilustraciones de todo tipo y cualesquiera restos materiales— como objeto privilegiado sobre el que dirigir la mirada que busca explicar los cambios. Una mirada en la que coexiste la curiosidad por lo biológico y la sensibilidad hacia la regulación social de las conductas, inscrita en lo que él mismo denomina antropología histórica (una de sus responsabilidades académicas es la codirección del *Centre d'Études Transdisciplinaires, Sociologie, Anthropologie, Histoire*, CETSAH).

En el libro que comento, el análisis subraya la complejidad de elementos que participan en la generación de las prácticas sanitarias y su incesante transformación. En cada precisa situación histórica Vigarello distingue al menos cuatro elementos entrelazados: la representación del cuerpo, el tipo de intervenciones colectivas, la diferencia entre lo aceptable y lo inaceptable, y la plasticidad del concepto de protección de la salud. Con tales premisas, y un elaborado lenguaje, dedica un apartado por siglo, salvo el primero que cubre del XIII al XVI, a repasar las prácticas del cuidado del cuerpo, observando continuidades llamativas (fuerza y depuración, por ejemplo) pero menos decisivas seguramente que los cambios que transforman sensibilidades. El objetivo, enunciado en la introducción, es el de producir la historia de una conquista individual que es al mismo tiempo la historia de un compromiso colectivo. Por tanto, no se trata de otra aproximación a los «gestos espectaculares» de la defensa social frente a la enfermedad, bien servidos por la historiografía sobre salud pública, sino de una indagación sobre la vida diaria, las costumbres, los gestos cotidianos, basada en fuentes más plurales que en aquella; por ejemplo, de las 97 citas incluidas en el primer capítulo del apartado dedicado al estudio del siglo XIX, 34 corresponden con obras literarias, por 39 de textos de higiene o de historia. El concepto corporal no depende (o no sólo) de las explicaciones científicas, sino que es una construcción cultural que exige una percepción más amplia.

Seguramente se puede reprochar al autor una cierta rigidez de su trazado histórico-cronológico, como a la traductora y revisora el pintoquesquismo de algunos nombres propios (Hildegarde, por Hildegarda, de Bingen; Barthélemy el Inglés por Bartolomeo Inglés, Arnauld de Villeneuve por Arnau de Vilanova, Rhazis aparece en un momento, después de haberse citado a Rhazes, Cardan por Cardano). La amplitud cronológica hace que la erudición historiográfica no sea homogénea; los modelos explicativos padecen de cierta antigüedad, como con la caracterización que se hace de Fracastor(o) y de sus seminaria como «el primero que insinúa una visión parasitaria». Es muy oportuna la insistencia en subrayar la maleabilidad cronológica de aquello que se vive como una amenaza para la colectividad y que, en la perspectiva de la vida y la salud, constituye el estímulo para defenderlas, un cambio que no es ajeno al juego entre saberes expertos y populares como acercamientos más monográficos y puntuales nos han enseñado (pienso, por ejemplo, en los trabajos de Enrique Perdiguero y Josep Bernabeu sobre las enfermedades de la infancia). Esta modificación histórica de los riesgos se maneja

de maneras parecidas en cada época, con independencia de la urdimbre teórica en la que se muevan las explicaciones científicas; basta con recordar la larga vigencia de las medidas cuarentenarias. La diferencia del momento que nos es contemporáneo estriba en la mayor rapidez con que los cambios en el nivel científico-médico impactan sobre las actitudes sociales. Al igual que el combate por la salud, en el nivel individual, acaba, final e inevitablemente en muerte, esto es, en derrota desde la consideración individual, para las poblaciones la lucha es interminable; la única seguridad es que después de conquistado un riesgo o coartado un peligro, aparecerán otros nuevos, a veces incluso ligados a la manera de defendernos. Esta conclusión no es motivo de huida de la ciencia biomédica, sino una llamada a su refuerzo, en el contexto, bien entendido, de su manejo integrado en mayor pie de igualdad en una matriz interdisciplinar con las ciencias sociales y humanas.

En suma, un texto recomendable como base o complemento a otras lecturas historiográficas más clásicas en la historia de la salud pública. ■

Esteban Rodríguez-Ocaña, Universidad de Granada

**Giorgio Cortenova (curator). Il Settimo Splendore. La modernità della malinconia.** Marsilio Editori: Venecia; 2007. ISBN 8831792105.

A los historiadores de la medicina nos llama la atención el enorme interés que algunos aspectos de la patología mental han conseguido en el terreno del arte. Al menos desde Freud es frecuente interpretar algunos artistas según las posibles peculiaridades de su mente, como hizo el creador del psicoanálisis con Leonardo. Ahora, de nuevo, en estos últimos años, algunas bellas exposiciones han vuelto a reunir la melancolía con el arte. Fueron muy importantes las organizadas por Jean Clair en 2006 en París y en Berlín y, no menos, la reunida por Giorgio Cortenova en Verona en 2007 (<http://www.settimosplendore.it/>). El título del catálogo que comento parece hacer referencia al séptimo esplendor celestial, al séptimo círculo de Dante, en el que se alcanza la sabiduría por la cercanía a la divinidad, que los mortales, como el poeta, pierden al volver a las penumbras humanas. Son los contemplativos del esplendor de la esencia divina, de la luz que no llega a la humanidad. También nos recuerda los círculos celestes, los astros y los planetas, que dan a los dominados por Saturno un carácter creador distinto. Hace referencia también al dolor, al arte, en fin al infierno.

La exposición recorre la historia del arte, hablándonos del padecer de la creación, del paso del plano melancólico al plano de la depresión, presa fácil de los instrumentos del poder y del consumismo terapéutico. Se trata del lado oscurecido, pero no eliminado, de la melancolía, a pesar de las condenas a culpas y confesiones, galeras y prisiones,